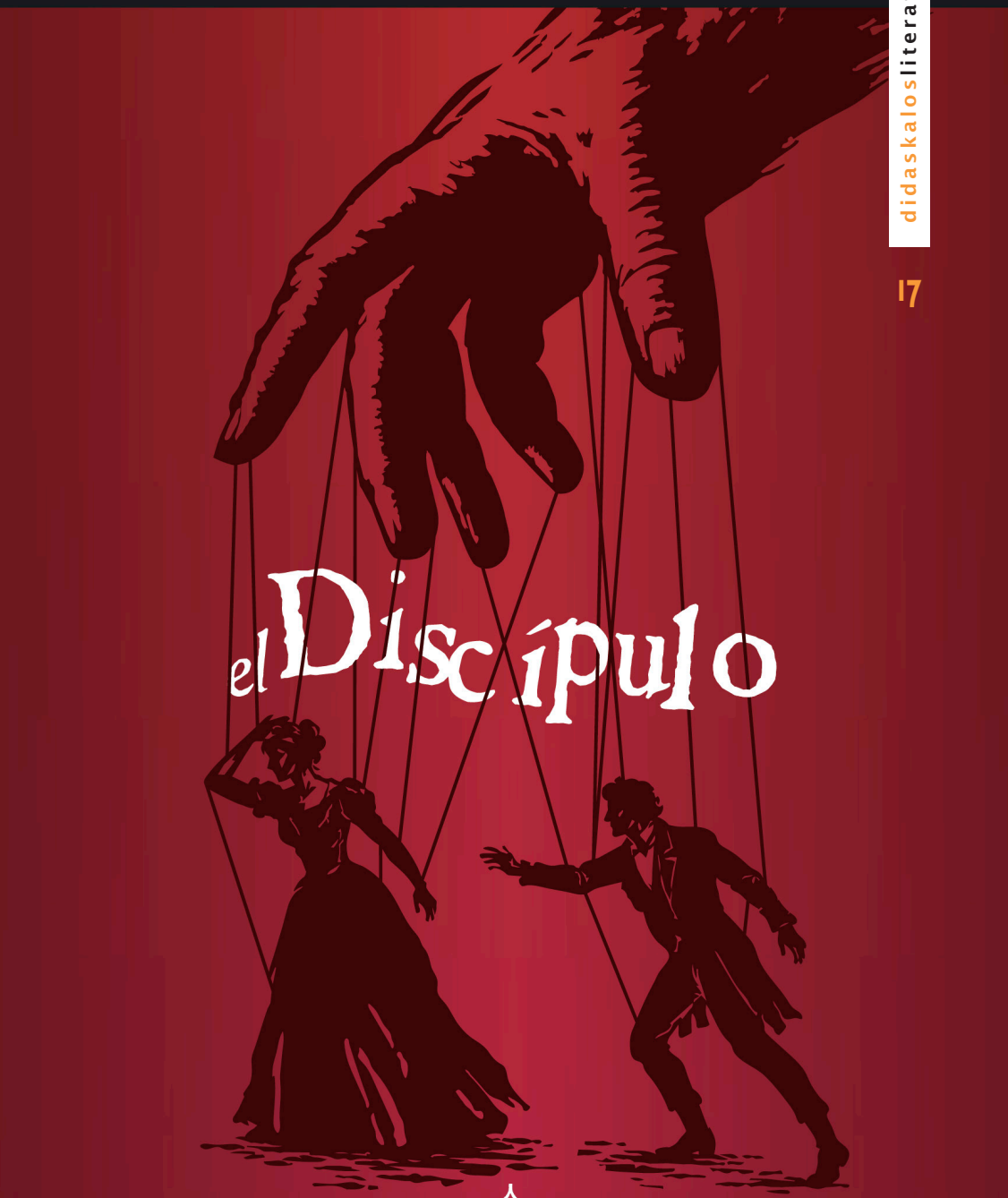
Paul Bourget



el Discípulo

didaskalosliteratura

17

didaskalosliteratura

Diseño de cubierta: Álvaro Fernández-Oliva Luque

Primera edición: octubre 2026

© Paul Bourget

Impreso en España. Printed in Spain
Depósito legal: M-20049-2026
ISBN: 978-84-19431-72-1

Impresión y encuadernación:
Editorial Didaskalos
Valdesquí 16, Madrid 28023
www.editorialdidaskalos.org

Queda prohibida, salvo excepción, prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual.
La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. del Código Penal)

Índice

Págs.

PRESENTACIÓN 7
(Carlos Granados)

I. UN FILÓSOFO MODERNO 11

II. EL CASO GRESLOU 35

III. SIMPLEMENTE DOLOR 53

IV. CONFESIÓN DE UN JOVEN DE HOY 73
(Robert Greslou)

§ I. Mi herencia 77
§ II. Mi entorno de ideas 96
§ III. Trasplante 115
§ IV. Primera crisis 140
§ V. Segunda crisis 180
§ VI. Tercera crisis 200
§ VII. Conclusión 226

V. TORMENTOS DE IDEAS 231

VI. EL CONDE ANDRÉ 247

Presentación

Carlos Granados

Esta obra de Paul Bourget es una de las más importantes del autor. Escrita entre septiembre de 1888 y mayo de 1889, preludia probablemente la conversión posterior del mismo Bourget, en torno a 1901.

El impulso definitivo hacia esta nueva traducción tuvo lugar tras la lectura de la obra de George Steiner, *Lecciones de los maestros.* Steiner da a esta novela de Bourget una importancia decisiva entre otra serie de ficciones sobre sabios y discípulos, sobre profesores y alumnos. De hecho, para Steiner,

> *El Discípulo* nos pone ante una de las cuestiones más difíciles de resolver de la filosofía moral y la teoría social. Un maestro, ¿es responsable de la conducta de sus discípulos? En caso afirmativo, ¿hasta qué punto, de qué manera (ética, psicológica, legal)? Si la virtud se puede enseñar, es de suponer que el vicio también.

Junto a estas preguntas, que motivaron, en parte, esta nueva edición, otras resonaron quizás con más fuerza tras una lectura pausada de la obra de Bourget. La novela que el lector comenzará a leer (tras el obstáculo de estas breves palabras) se asoma al misterioso mundo de las pasiones. El profesor Adrien Sixte, protagonista de este libro, se enorgullece de una de sus cumbres de erudición: su *Teoría de las pasiones,* en tres volúmenes. Frente a las teorías mecanicistas y racionalistas que expone el erudito profesor en esta inmensa obra, veremos a su joven discípulo, Robert Greslou, bregar en la realidad enigmática del corazón y de sus afectos. Las hipótesis de aquel profesor, provenientes de una "ciencia" incapaz de acceder al misterio de los afectos humanos, traerán consigo terribles y trágicas consecuencias en la vida del discípulo.

La lectura de esta obra de Bourget no es fácil, porque los protagonistas, como se verá, tampoco lo son. Hay una tensión continua en la trama. Pero podríamos también resumir parte de su contenido diciendo: "Las ideas tienen consecuencias". Es otra de las lecciones de esta narración. El profesor Adrien Sixte reúne en sí mismo la existencia de Kant y de Spinoza, pero también la de Darwin y su materialismo científico. Adrien Sixte pretende ser, podríamos decirlo así, un "puro pensador", un erudito en sentido estricto, un crítico de la religión y de la moral, un desmantelador provocativo de los modos de pensar tradicionales. Pero este profesor se niega a contemplar las secuelas prácticas de sus formas de pensar; pretende aislar el pensamiento, enajenarlo de sus consecuencias en la vida real. La realidad, sin embargo, es tozuda y se impone, a veces a golpe de martillo. He aquí otra de las lecciones que nos dejará Bourget en esta narración: el pensamiento enajenado de la vida genera monstruos.

El Discípulo fue un éxito editorial en sus días. Su influjo fue notable también a finales del XIX y principios del XX. Parece, por ejemplo, que Nietzsche fue un atento lector de Bourget. Pero podría pensarse que es una obra ya periclitada, centenaria, ajena a los problemas hodiernos. Yo creo, sin embargo, que la sociedad emotivista en que vivimos hace nuevamente recomendable su lectura. Me parece también que *El Discípulo* ofrece un motivo de reflexión sobre la relación entre maestro y discípulo, en un mundo que corre el riesgo de convertir la enseñanza en transmisión de información, en aprendizaje formal de ciertas competencias. *El Discípulo* ayuda a reflexionar de nuevo sobre la responsabilidad del maestro, sobre el influjo de la dimensión afectiva en nuestra formación, sobre el misterio de nuestra condición humana, en general. Por todo ello, y termino, considero un acierto ponerla de nuevo a disposición del lector español.

I.

Un filósofo moderno

Según una leyenda que no ha sido desmentida, los habitantes de la ciudad de Kœnigsberg adivinaron que un acontecimiento prodigioso estaba sacudiendo el mundo civilizado, simplemente al ver al filósofo Immanuel Kant cambiar la dirección de su paseo diario. El célebre autor de la *Crítica de la razón pura* se había enterado ese mismo día de que acababa de estallar la Revolución francesa. Aunque París no es muy propicia a ese asombro ingenuo, una tarde de enero de 1887 varios habitantes de la calle Guy-de-la-Brosse se quedaron casi igual de asombrados al ver salir a la una de la tarde a un filósofo menos ilustre que el viejo Kant, pero igual de regular, igual de maniático en sus actos, por no decir aún más destructivo en sus análisis: M. Adrien Sixte, a quien los ingleses gustaban de llamar el Spencer francés.

Hay que añadir enseguida que esta calle Guy-de-la-Brosse, que va de la calle de Jussieu a la de Linné, forma parte de un pequeño barrio delimitado por el Jardin des Plantes, el hospital de

la Pitié y las primeras rampas de la montaña Sainte-Geneviève. En otras palabras, permite esos familiares espacios contemplativos de la mirada, imposibles en los grandes espacios de la ciudad, donde el ir y venir de la vida renueva constantemente el flujo de coches y transeúntes. Aquí sólo hay pequeños rentistas, modestos profesores, empleados del museo, aprendices deseosos de estudiar y jóvenes literatos que temen las tentaciones del mundo que les rodea. Las tiendas están ocupadas con su clientela, tan fija como la de un suburbio. El panadero, el carnicero, el tendero, la lavandera, el farmacéutico... todos estos nombres son pronunciados en singular por los criados que van de compras.

Apenas hay lugar para la competencia en este vecindario comunicado por la línea de autobús Glacière y adornado por una fuente caprichosamente cargada de imágenes de animales, en honor del Jardin des Plantes. Los visitantes de este jardín raramente entran por la puerta que da al hospital. Así, incluso en los buenos días de primavera, cuando abundan las multitudes bajo los verdes árboles de este parque, refugio predilecto de soldados y enfermeras, la calle Linné permanece tan tranquila como de costumbre, y más aún las calles vecinas.

Si este rincón aislado de París está a veces inusualmente concurrido, es porque las puertas del hospicio de la Pitié se abren a las visitas de los enfermos, y un desfile de rostros humildes y tristes se extiende por las aceras. Estos peregrinos de la miseria llegan portando golosinas destinadas a los familiares que sufren tras los viejos muros grises del hospital. Los habitantes de las plantas bajas apenas hacen caso de estos paseantes fortuitos y toda su atención está reservada a los transeúntes que aparecen en las aceras todos los días y en el mismo minuto. Para los co-

merciantes y los conserjes, como para los cazadores en el campo, las idas y venidas de los paseantes de este barrio son señales precisas de la hora y del tiempo, como si fueran el graznido de un guacamayo, el barrito de un elefante, el gañido de un águila o el rugido de un león. Cuando ven al profesor trotar con su viejo maletín de cuero verde bajo el brazo, mordisqueando un cruasán de un penique comprado con prisas, estos espías de la acera saben que están a punto de dar las ocho; cuando el camarero del restaurante sale con los platos cubiertos, saben que son las once y que el comandante de batallón retirado que vive solo en el quinto piso de tal o cual casa está a punto de recibir su desayuno. Y así durante todos los momentos del día.

Un cambio en el vestido de las mujeres que pasean con su elegancia más o menos coqueta es anotado, criticado e interpretado por veinte bocas parlanchinas y poco indulgentes. En fin, para emplear una expresión muy pintoresca del centro de Francia, las más leves acciones de los hábitos de estas cuatro o cinco calles están "en boca de todos"; y las de monsieur Adrien Sixte aún más que las de muchos otros.

Comprenderemos por qué si atendemos a un simple esbozo del personaje. Los detalles de la vida de este hombre proporcionarán a los interesados en la naturaleza humana un documento sobre la rara variedad social de los filósofos profesionales. Algunas muestras de esta especie nos han sido dadas por los antiguos y más recientemente por Colerus y por Darwin o Stuart Mill. Spinoza era un holandés del siglo XVII. Darwin y Mill crecieron en la opulenta y activa burguesía inglesa; mientras que M. Sixte vivió su vida filosófica en el París de finales del siglo XIX. En mi juventud, cuando me interesaban los estudios, conocí a varios

individuos que estaban tan atrapados como él en la atmósfera de la especulación abstracta. Pero nunca conocí a nadie que me hiciera comprender mejor la existencia de un Descartes pegado a su estufa en los Países Bajos.

Hacía apenas catorce años que M. Sixte vino, en las postrimerías de la guerra, a vivir a una de las casas de la calle Guy-de-la-Brosse, conocida por todos los lugareños. En aquella época, ya lejana, era un hombre de treinta y cuatro años, en el que toda fisonomía juvenil había sido destruida por una absorción tan completa de la mente en las ideas, que su rostro afeitado ya no tenía edad ni profesión. Médicos, sacerdotes, policías y actores, por diversas razones, ofrecen rostros fríos y sin vello, tensos y expresivos a la vez. La fisonomía de este erudito, cuyas acciones estaban desde el primer mes tan meticulosamente reguladas como las de un eclesiástico, era la siguiente: una frente alta y retraída, una boca protuberante y voluntariosa de labios finos, una tez biliosa, ojos enfermos por haber leído demasiado y ocultos bajo gafas oscuras, un cuerpo frágil de huesos grandes, uniformemente vestido con una larga levita de paño esponjoso en invierno, de paño fino en verano, zapatos atados con cordones, pelo demasiado largo, casi todo prematuramente canoso y muy fino bajo uno de esos sombreros que se doblan por un mecanismo y se deforman inmediatamente.

Vivía en un cuarto piso que costaba setecientos francos y que constaba de un dormitorio, un estudio, un comedor del tamaño de un camarote de barco, una cocina y un cuarto de servicio, todo ello con vistas al más amplio horizonte. Desde sus ventanas, el filósofo podía ver todo el Jardin des Plantes y la colina del Père-La-Chaise a lo lejos, más allá de una especie de

hondonada que marcaba el lugar del Sena. La Gare d'Orléans y la cúpula de la Salpêtrière se alzaban frente a él, y a la derecha la masa de los cedros se oscurecía contra la espesura verde o desnuda, según la estación, de los árboles del Labyrinthe. Los humos de las fábricas surcaban el cielo gris en todos los rincones de este vasto paisaje, del que escapaba el rumor de un océano lejano, entremezclado con los silbidos de locomotoras y barcos.

Sin duda, al elegir esta Tebaida, monsieur Sixte había cedido a una ley general, aunque inexplicable, de la naturaleza meditativa. ¿No se construyen casi todos los claustros en lugares donde el ojo puede abarcar mucho espacio? ¿Quizá estas vistas desproporcionadas y confusas favorecen la concentración del pensamiento, que se distraería con detalles demasiado cercanos o minuciosos? ¿Quizá los solitarios encuentran un placer en el contraste entre su inacción pensativa y la inmensidad del campo en el que se desarrolla la actividad de los demás hombres? Sea como fuere, la solución de este pequeño problema se relaciona con otro, demasiado poco estudiado, a saber, la sensibilidad animal de los hombres eruditos. En todo caso, este paisaje melancólico había sido durante quince años el compañero con el que más charlaba el silencioso trabajador. Nada más llegar a su casa de alquiler, el filósofo se había limitado a pedir a la portera si le podía encontrar una criada que ordenara su piso y un restaurante donde comer. Estas dos peticiones correspondían a puntos críticos que podían acarrear las peores consecuencias: un servicio inútil y una comida insufrible. El resultado inesperado fue que introdujeron en el interior de Adrien Sixte precisamente a la persona con la que soñaban sus deseos más quiméricos, si es que un "abstractor de quintesencias" —como Rabelais llama a este tipo de soñadores— tiene tiempo para formular deseos.

El portero —según los usos y costumbres de todos los porteros de casas con pisos pequeños— complementaba los escasos ingresos de su portería con un oficio manual. Era zapatero "de lo nuevo y de lo viejo", según decía un cartel pegado al cristal de la ventana que daba a la calle. Entre sus clientes, Monsieur Carbonnet —ese era el nombre del portero— contaba con un sacerdote que vivía en la calle Cuvier. Este sacerdote, ya anciano y apartado del mundo, tenía como empleada a mademoiselle Mariette Trapenard, una mujer de unos cuarenta años, acostumbrada desde hacía años a llevar todas las riendas de la casa de su señor, pero que, a pesar de ello, seguía siendo muy campesina, sin ninguna ambición de hacerse pasar por una semidama, y era trabajadora y ruda, pero que por nada del mundo habría querido entrar en una casa donde se hubiera topado con una autoridad femenina. El anciano sacerdote acababa de fallecer de forma casi repentina la semana anterior a la instalación del filósofo en la calle Guy-de-la-Brosse. Monsieur Carbonnet, en cuyo contrato de alquiler el recién llegado se inscribió simplemente como rentista, adivinó sin dificultad a qué clase de hombres pertenecía ese monsieur Sixte, primero por la cantidad de volúmenes que componían la biblioteca del erudito, y luego por el relato de una criada de la casa, el de un profesor del Collège de France domiciliado en el primer piso. Así lo atestiguaban los carteles blancos colgados contra la pared, que anunciaban el programa de clases de aquel famoso centro. En esos falansterios del París burgués todo se convierte en un acontecimiento. La criada le había hablado a su señora del futuro vecino del cuarto piso. La señora se lo había contado a su marido. Este último lo mencionó de inmediato durante la cena en términos que la criada entendió lo suficiente como para deducir que el inquilino "estaba en los

papeles, como monsieur". Carbonnet no habría sido digno de tirar del cordón en una logia parisina si él y su mujer no hubieran sentido inmediatamente la necesidad de poner en contacto a monsieur Adrien Sixte y a mademoiselle Trapenard, sobre todo porque madame Carbonnet, anciana y casi impotente, ya se encontraba demasiado ocupada con tres hogares en la casa como para hacerse cargo también de aquel.

El gusto por las intrigas domésticas que florece en estos barrios como las fucsias, los geranios y las albahacas, llevó a esta pareja a comentar al filósofo que los hosteleros del barrio cocinaban mal y que no había una sola ama de llaves de la que pudieran dar fe en el vecindario salvo la criada del difunto abate Vayssier, que era una "perla" de discreción, orden, economía y talento culinario. En resumen, el filósofo aceptó ver a esta ama de llaves modelo. Le convenció la evidente honestidad de la muchacha y también el hecho de que este arreglo le simplificaría considerablemente la vida. Así pues, mademoiselle Trapenard entró al servicio de este maestro, del que ya no se despediría nunca, con un salario de cuarenta y cinco francos al mes, que pronto se convirtieron en sesenta. El erudito también le daba cincuenta francos como regalo de Navidad. Nunca revisaba sus cuentas, que pagaba todos los domingos por la mañana sin rechistar. Era ella quien trataba con todos los proveedores, sin que ninguna observación de M. Sixte la molestara en sus negocios, más o menos honestos. Por último, era la dueña absoluta de la casa, situación que, como es de suponer, despertaba la envidia universal de los personajillos que iban y venían sin cesar por la escalera comunal, que un fregador limpiaba todos los lunes.

—Digo, mademoiselle Mariette, que le ha tocado la lotería —le comentaban cuando la criada del filósofo se detenía un minuto para charlar en la escalera.

El portero se veía obligado a llevar gafas en su nariz cuadrada y le costaba ajustar sus golpes de martillo a los clavos que clavaba en los tacones de sus botas. Desde hacía varios años, criaba un gallo llamado Ferdinand, aunque nadie había sabido nunca la razón de este apodo. Esta bestia deambulaba entre los zapatos, despertando la admiración de los visitantes por su afán de arrebatar los botones de las botas. En sus momentos de terror, este gallo familiar se refugiaba en casa de su amo, metía una de sus patas en el bolsillo del chaleco y escondía la cabeza bajo el brazo del viejo portero: "Vamos, Ferdinand, saluda a mademoiselle Mariette", decía el portero. Y el gallo picoteaba suavemente la mano de la muchacha y su amo continuaba:

—Yo siempre digo: No desesperes por un mal año, habrá dos buenos seguidos; se suceden como Ferdinand sigue a las gallinas; ¿no estás de acuerdo?

—Es verdad —replicó Mariette—. ¿Sabe?, monsieur Sixte es un buen hombre; aunque, en lo que respecta a la religión, es un pagano, que no ha ido a misa ni una sola vez en los últimos quince años.

—Son tantos los que van —respondió el portero— y luego llevan dobles vidas, nada tranquilas a partir de *medianoche,* sin que nadie lo sepa…

Este fragmento de conversación se puede considerar como el tipo de opinión que mademoiselle Mariette tenía de su maestro. Pero esta opinión sería ininteligible si no aclaramos algo sobre la obra del filósofo y la historia de su pensamiento.

M. Sixte nació en 1839 en Nancy, donde su padre regentaba un pequeño taller de relojería. Destacado desde muy joven por su precoz inteligencia, Adrien Sixte era recordado por sus compañeros de clase como un niño enclenque y taciturno, dotado de una fuerza de resistencia moral que dificultaba la familiaridad. Sus estudios fueron al principio muy brillantes, luego mediocres, hasta que, en la clase de filosofía, que llevaba el nombre de Lógica, destacó por sus aptitudes excepcionales. Su profesor, impresionado por su talento como metafísico, quiso convencerle para que se presentara al examen de la École normale. Adrien se negó, diciendo a su padre que prefería el trabajo manual a cualquier otra profesión. "Seré relojero como tú…", fue su única respuesta a las objeciones de su padre, que, como los innumerables artesanos y comerciantes franceses cuyos hijos cursan estudios secundarios, soñaba con que su hijo se convirtiera en funcionario.

Monsieur y madame Sixte —pues Adrien aún tenía a su madre— no podían reprochar nada a este muchacho, que no fumaba, no iba al café, nunca aparecía con una chica, en fin, que era su orgullo y su alegría, y a cuyos deseos se resignaban, con el corazón encogido. No le permitieron que emprendiera ninguna carrera, pero tampoco que fuera aprendiz, y el joven vivió con ellos sin otra ocupación que estudiar a su antojo. Así pasó diez años perfeccionando sus conocimientos de la filosofía inglesa y alemana, de las ciencias naturales, particularmente de la fisiología del cerebro, y de las matemáticas. Finalmente, sucedió, como ha dicho uno de los grandes escritores de nuestro tiempo, esa "violenta inflamación de su cerebro", esa especie de apoplejía del conocimiento positivo que fue el método de educación de Carlyle y Mill, de M. Taine y M. Renan y de casi todos los maestros de la filosofía moderna.

En 1808, este hijo de un pequeño relojero de Nancy, que entonces tenía veintinueve años, publicó un gran volumen de quinientas páginas titulado *Psicología de Dios,* que envió a no más de quince personas, pero que tuvo la inesperada fortuna de una repercusión escandalosa. Este libro, escrito en la soledad del pensamiento más honesto, tenía el doble carácter de un análisis crítico, agudo hasta la crueldad, y de un ardor en la negación, exaltado hasta el fanatismo. Menos poético que M. Taine; menos seco que M. Ribot, *Psicología de Dios* de Sixte combinaba la elocuencia con la penetración y tenía la oportunidad, inesperada, de abordar directamente el problema más apasionante de la metafísica.

Un panfleto de un obispo eminente, una alusión indignada de un cardenal en un discurso ante el Senado, un artículo mordaz del más brillante crítico espiritualista en una célebre revista, bastaron para llamar la atención de la juventud sobre esta obra, que se veía arrastrada por un viento de revolución, presagio de las convulsiones venideras. La tesis del autor consistía en demostrar la necesaria producción de la "hipótesis de Dios" a partir del funcionamiento de ciertas leyes psicológicas, a su vez ligadas a ciertas modificaciones cerebrales de orden completamente físico. Esta tesis era establecida, apoyada y desarrollada con un feroz ateísmo que recordaba la furia de Lucrecio contra las creencias de su época. Así ocurrió que este joven de Nancy, gracias a su obra, concebida y compuesta como en una celda, se vio implicado de inmediato y de forma bulliciosa en la batalla de las ideas contemporáneas.

Hacía años que no se encontraba tal potencia de ideas generales unida a tal amplitud de erudición, ni tan rica abundancia de puntos de vista unidos a un nihilismo tan audaz. Pero mien-

tras el nombre del escritor se hacía famoso en París, sus padres, que vivían con él sin conocerle, que le habían educado, seguían horrorizados por su éxito. Algunos artículos en periódicos católicos desesperaron a madame Sixte. El viejo relojero temía perder su clientela entre la aristocracia de Nancy.

Todas las penurias de la provincia atormentaban al filósofo, quien estaba a punto de tomar la decisión de abandonar a su familia, cuando la invasión alemana y el terrible naufragio nacional desviaron de él la atención de sus compatriotas y de sus padres. Estos últimos fallecieron en la primavera de 1871. En el verano de ese mismo año, Adrien Sixte perdió también a una tía, y así, en el otoño de 1872, tras haber liquidado toda su fortuna, se instaló en París. Sus recursos consistían, gracias a la herencia de su padre y a la de esa tía, en una renta de ocho mil francos invertida en una renta vitalicia. Estaba decidido a no casarse, a no salir nunca a la sociedad, a no ambicionar ni honores, ni cargos, ni reputación. Toda la fórmula de su vida cabía en esta palabra: *¡pensar!*

Para definir mejor a este hombre de tan rara calidad que este esbozo de vida puede parecer inverosímil a un lector poco familiarizado con la biografía de los grandes manipuladores de ideas, es necesario dar una ojeada a los días de este poderoso trabajador.

Tanto en verano como en invierno, M. Sixte se sentaba a su mesa desde las seis de la mañana, aliviado únicamente por una taza de café negro. A las diez desayunaba, operación sumaria que le permitía entrar en el Jardin des Plantes a las diez y media. Allí paseaba hasta el mediodía, prolongando a veces su paseo hacia los muelles y Notre-Dame.

Uno de sus placeres favoritos consistía en pasar largos ratos frente a las jaulas de los monos y el recinto del elefante. Los niños y las criadas que lo veían reír, tal y como reía, en silencio y durante largo rato, ante las ferocidades y el cinismo de los macacos y los titíes, no sospechaban en absoluto los pensamientos misántropos que ese espectáculo suscitaba en el sabio, quien comparaba en su interior la comedia humana con la comedia simiesca, al igual que comparaba nuestra habitual locura con la sabiduría de ese animal tan noble que fue el rey del mundo antes que nosotros.

Hacia el mediodía, monsieur Sixte regresaba y, una vez más, trabajaba hasta las cuatro. De cuatro a seis, tres veces por semana, recibía visitas que casi siempre eran estudiantes, profesores dedicados a los mismos estudios que él o extranjeros atraídos por una reputación que ahora es europea. Otras tres veces salía y hacía algunas visitas imprescindibles. A las seis cenaba y volvía a salir, esta vez paseando por un jardín cerrado hasta la estación de Orleans. A las ocho regresaba, se ocupaba de su correspondencia o leía. A las diez apagaba todas las luces de su casa.

Esta existencia monástica tenía su día de descanso semanal los lunes, ya que el filósofo había observado que los domingos se producía una avalancha de caminantes en el campo. Los lunes salía temprano por la mañana, tomaba un tren de cercanías y no regresaba hasta la noche.

Ni una sola vez en esos quince años se había desviado de esta regularidad absoluta. Ni una sola vez había aceptado una invitación a comer fuera o tomado asiento en un teatro. Jamás leyó un periódico para informar a su editor sobre el servicio de sus publicaciones o agradeciéndole un artículo.

Su indiferencia política era tan completa que nunca sacó su tarjeta electoral. Hay que añadir, para fijar los rasgos principales de esta figura singular, que había roto toda relación con su familia, y que esta ruptura se basaba, como los menores actos de esta vida, en una teoría. En el prefacio de su segundo libro, *Anatomía de la voluntad*, escribió esta significativa frase: "Los vínculos sociales deben reducirse *al mínimo* para quien quiera conocer y decir la verdad en el campo de la ciencia psicológica".

Por una razón similar, este hombre, tan gentil que casi no había hecho ni una observación a su criada en quince años, se prohibía sistemáticamente la caridad. En este punto pensaba como Spinoza, que escribió en el cuarto libro de su *Ética*: "La piedad, en un sabio que vive según la razón, es mala e inútil". Este Santo Laico, como se le habría llamado con tanta razón al igual que al venerable Émile Littré, odiaba el cristianismo como una especie de enfermedad de la humanidad. Daba dos razones para ello: en primer lugar, que la hipótesis de un padre celestial y de una felicidad infinita habían desarrollado excesivamente en el alma el disgusto por la realidad y disminuido el poder de aceptación de las leyes de la naturaleza; en segundo lugar, que al establecer el orden social sobre el amor, es decir, sobre la sensibilidad, esta religión había abierto el camino a los peores caprichos de las doctrinas más personalistas.

No tenía idea, además, de que su fiel criada cosía medallas benditas en todos sus chalecos, y su inadvertencia con respecto al mundo exterior era tan completa que se quedaba sin carne los viernes y otros días prescritos por la Iglesia, sin advertir ese esfuerzo oculto de la vieja sirvienta por asegurar la salvación de un amo del que a veces decía, reproduciendo, sin saberlo ella misma, una palabra célebre:

¿Es el pensador responsable de los crímenes cometidos en nombre de sus doctrinas?

El filósofo Adrien Sixte vive recluido y consagrado al estudio del determinismo, convencido de que la mente humana responde a leyes físicas tan rigurosas como predecibles. Su existencia metódica salta por los aires cuando recibe la confesión de Robert Greslou, un brillante estudiante encarcelado y acusado de la muerte de una joven aristócrata. ¿Fueron los libros de su maestro los que le llevaron a perpetrar el apasionado crimen?

Publicada en 1889, *El discípulo* convulsionó el panorama literario y filosófico europeo al inaugurar la novela moderna de análisis psicológico. A través del desgarrador dilema entre la fría teoría intelectual y el peso de la conciencia, Paul Bourget firma su obra cumbre, profundizando en las consecuencias éticas de nuestras acciones con la misma brillantez que el lector apreciará en *Nuestros actos nos siguen*.

Una obra magistral, profunda e imprescindible que confronta al lector con una pregunta imperecedera: ¿dónde termina la abstracción filosófica y dónde empieza la culpa moral?

9 788419 431721

COLECCIÓN
didaskalosliteratura